

ocasiones ha declarado la Santa Sede. (Inocent. XI, Decret. *Cum ad aures.*)

17. He aquí, en breve resumen, las reglas principales aconsejadas y aprobadas por doctísimos ascetas y maestros de la vida espiritual; por nuestra parte sólo añadiremos que *para comulgar diariamente* es preciso *un esfuerzo constante para que nunca levanten cabeza las malas inclinaciones, luchar sin desalentarse, obedecer sin razonar, someterse sin quejarse*, y luego, cuando el alma conozca experimentalmente que por la Comunión cotidiana aumenta su amor á Dios, y al prójimo por Dios, y que no decrece la reverencia al Santísimo Sacramento, expóngalo á su confesor, y de seguro no la privará de recibir todos los días el dulcísimo manjar eucarístico (1); y, por último, si el confesor le negare tan precioso don, mortifíquese, resignese gustosa, pues en ello ganará más que si comulgara; porque si al verse contrariada sintiere turbación y opusiere resistencia, sería espíritu de soberbia y no merecería el Pan de los ángeles. «Cuando temáis molestar á vuestro confesor—dijo San Francisco de Sales—contentaos con comulgar espiritualmente, y, creedme, esta mortificación espiritual, esta privación de Dios, agradará extremadamente al mismo Dios, y El entrará en lo más íntimo de vuestro corazón.» (Sales, lib. III, tit. III, según Scavini.)

Abarcando ahora bajo una sola mirada todo lo expuesto en el presente capítulo, síguese, por conclusión ineludible, que todo cristiano se halla obligado, no precisamente á comulgar cada día, sino á hallarse dispuesto para comulgar cada día, ó sea á no tener en su conciencia pecado mortal (2). Esto último depende de nosotros, auxiliados con la gracia de Dios; lo primero, ó sea comulgar más ó menos veces, estriba en la voluntad del confesor, y mejor es la *obediencia* que las *víctimas*. (S. Thom., p. II, q. 80.)

Hay, sin embargo, almas tan ansiosas de unirse á Jesús sacramentado, que aun comulgando diariamente les parece poco, y se morirían de pena si no les fuera permitido hacerlo muchas veces al día. Mas ¿cómo puede ser esto? ¿Quién obrará el prodigio? He aquí lo que ahora vamos á considerar.

(1) S. Thom., IV sent., d. 12, c. 3 á 1.—S. Ligor., *Prax confess.*, § 4, n. 156.—S. Bonav., *De profess. religios.*, cap. LXXVIII.

(2) Sic vive, ut quotidie merearis accipere; qui non meretur quotidie accipere, non meretur post annum accipere. (S. Agust., in *Matth.*)

CAPITULO XXXI

De la Comunión espiritual.

1. Tres modos de comulgar.—2. ¿Es lícito cesar por completo de comulgar?

PREGUNTA el Doctor Angélico, hablando de la Comunión frecuente, si es útil recibirla cada día, y responde diciendo: *Para todo el que se halle suficientemente preparado, es útil y laudable la Comunión diaria*, (p. III, q. 80, a. 10.) Mas como esto no siempre es posible, ya por razón del tiempo ya por la obediencia, ya por indisposición corporal, ya por otras múltiples razones, la Iglesia nuestra Madre aprueba y recomienda con todo encarecimiento la práctica piadosa de comulgar *espiritualmente* varias veces al día.

1. Con mucha razón y prudencia—dice el Santo Concilio Tridentino (sess., 13, c. 8)—han distinguido nuestros padres, respecto del uso de la Eucaristía, tres modos de recibirla. Algunos la reciben *sólo sacramentalmente*, y así comulgan los pecadores cuando lo hacen en pecado mortal, pues éstos no aprovechan los frutos del Sacramento. Otros reciben al Señor *sólo espiritualmente*, es á saber, aquellos que, recibiendo sólo con el deseo el Pan celestial, perciben con la viveza de su fe, que obra por amor, su fruto y utilidades. Los terceros (esto es, los que comulgan en estado de gracia) reciben al Señor *sacramental y espiritualmente* al mismo tiempo.

2. De igual manera pregunta el citado Angel de las Estuelas (p. III, q. 80, a. 11), si es permitido dejar enteramente de comulgar, y responde: «De ningún modo, *porque es mandato del Señor, y porque la Iglesia determina el tiempo oportuno de hacerlo*. Por consecuencia, los fieles cristianos están obligados á recibir la Eucaristía *sacramental ó espiritualmente*. Jesucristo dijo: *Haced esto en memoria mía. Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y bebiereis su Sangre, no tendréis vida en vosotros*. (Luc., XXIII, 19. y Joannis, VI, 54.)

Ahora bien; fundados en estos divinos testimonios y en las enseñanzas infalibles de la Iglesia, preguntamos: ¿puede darse en el mundo mayor mal que alejarse los hombres, por su culpa, de la sagrada Eucaristía? ¿Puede darse mayor bien que comulgar sacramentalmente con frecuencia, y repetirlo espiritualmente varias veces al día, según la oportunidad? Como este asunto es de grande interés práctico para la cristiandad en general y para cada uno de los fieles en particular, no pasaremos adelante sin indicar aquí los dos puntos siguientes:

- 1.º ¿Por qué hay muchos cristianos que se retraen de comulgar?
- 2.º Cuán grande sea la importancia de la Comunión espiritual.

§ I

DECLÁRASE POR QUÉ MUCHOS CRISTIANOS SE ALEJAN DE LA SAGRADA COMUNIÓN

3. Hoy más que nunca es preciso comulgar con frecuencia.—4. Disgustarse de la Comunión es enfermedad del alma.—5. Causas de no comulgar frecuentemente.—6. Parábola de los convidados á la cena.—7. Vanas excusas.—8. Excusa de no ser dignos.—9. Excusa de falta de tiempo.—10. Excusa de no sacar provecho.

3. Hoy más que nunca tenemos necesidad de recibir la sagrada Eucaristía y de dar gloria á Jesús sacramentado, porque hoy, más que en otros tiempos, se le abandona y ultraja en el Sacramento de su amor. Sociedades secretas potentes y orgullosas, extendidas como red infernal por toda la haz de la tierra, adoran á Lucifer, abominan á Jesucristo en la divina Eucaristía y le inferen con horrendos sacrilegios las más espantosas injurias. Al mismo tiempo que esto sucede, muchos llamados cristianos, tibios é indolentes, en vez de inflamar sus corazones en santo ardor y celo por la honra de Dios sacramentado, permanecen insensibles y casi alejados de la sagrada Mesa, sabiendo que con ella únicamente puede obtenerse la fortaleza y energía necesarias para combatir y extirpar tan execrables abominaciones. Es más; existen muchas almas buenas, pero cobardes y tímidas, que con una humildad mal entendida, ó tal vez con escrúpulos vanos, se abstienen de recibir el manjar eucarístico, con grande perjuicio de su espíritu y gran contento de Satanás.

Y cuando esto sucede, y el Corazón de Jesús llama, y la nece-

sidad insta, y el infierno ruge en torno nuestro para aniquilarnos, ¿es justo, es razonable, es ni siquiera concebible que nos alejemos del convite eucarístico, sabiendo que él, como dijo el Crisóstomo, es *la fuerza de nuestra alma, el nervio del espíritu, el lazo de la confianza, el apoyo, la fortaleza, la salvación, la luz y la vida del hombre?* (1) ¿Hay quien sabiendo esto y presenciándolo con sus propios ojos ose retraerse ó, lo que es peor, disgustarse de recibir en su corazón aquel Pan divino que es la delicia de los ángeles y la fuente de toda perfección y santidad? ¿Hay quien no tenga avidez de alimentarse con aquel suave manjar que da á los *mártires* la fortaleza heroica, á los *solitarios* el ardiente deseo de su perfección y la energía de la perseverancia, á las *virgenes* la castidad, á los *doctores* la luz y la prudencia, á los *Obispos* y á los *sacerdotes* el celo, á los *misioneros* y á los *religiosos* la devoción, el fervor y la constancia en el bien?

4. ¡Oh! Es terrible la situación en que nos encontramos. Cuando á una persona le disgustan ó no apetece los mejores alimentos, señal es que la corroe alguna enfermedad secreta y muy peligrosa, que si pronto no la remedia, la conducirá á la muerte. Y si esto acontece con el cuerpo, lo mismo respectivamente cabe decir con relación al alma, cuando llega á causarle tedio el manjar divinísimo de la sagrada Eucaristía. Perder el gusto del Pan eucarístico entraña una enfermedad del alma peligrosísima, y si además con esta espiritual inapetencia se vive tranquilo, indiferente y sin inquietud de ningún género... ¡oh! mala señal; bien puede afirmarse de tales almas que están en camino de perderse para siempre.

Es verdad que Dios nuestro Señor puede probar á un alma buena ó castigarla transitoriamente con arideces, sequedades y desgana de comulgar; pero eso es muy distinto, porque no hay culpa suya, y *quiere querer comulgar*, aunque de hecho no sienta devoción sensible, y esté como el que quiere y no quiere. ¡Animo, alma piadosa! gime, sufre, calla, humíllate ante Dios, confiesa tu indignidad, ruega al Señor, insta y comulga, porque indudablemente sacarás gran provecho. No es así cuando el disgusto y las arideces proceden de nosotros mismos y no procuramos poner pronto remedio. Aquí está el mal, y aquí es preciso combatirle con toda la energía de nuestro corazón.

5. ¿Cuál es, de ordinario, la causa de que los hombres frecuenten poco la sagrada Eucaristía? La experiencia lo enseña; es *la falta*

(1) Haec mensa animae nostrae vis est, nervi mentis, fiduciae vinculum fundamentum, spes, salus, lux, vita nostra. (S. Crisost., Homil. XXIV, in I Cor.)

de fe, la indiferencia religiosa, la relajación de costumbres y la bobería del espíritu. No busquemos otras causas, pues éstas lo explican todo. Si el hombre creyese y considerase lo que pierde no comulgando, ¿cómo era posible que tal hiciera? Si el hombre no mirara con indiferencia lo celestial, ¿perdería voluntariamente tan ricos tesoros? Si no estuviera sumergido en el lodazal de sus pasiones, ¿podría caer en la demencia de alejarse de Dios y menospreciar su amoroso llamamiento al divino banquete? Si las almas buenas no fuesen bobas en su espíritu, ¿sería posible que perdieran ni un solo día la Comunión? ¿Quién puede calcular la pérdida que entraña una Comunión menos?... ¡Una Comunión menos! ¡Qué desdicha!

El Padre Lacordaire, encontrándose en Sorèze, se dirigió á París con intención de regresar en la misma tarde. Se trataba de su candidatura como miembro de la Academia, y uno de sus amigos le rogó encarecidamente que morara un día más en la capital. La exigencia era tan noble como razonable; mas el buen Padre confesaba los sábados en Sorèze y habría tenido que diferir su regreso hasta el domingo. Todas las glorias y ambiciones del mundo tenían que fracasar: «No—dijo el Padre Lacordaire—hay penitentes que me esperan. *No puede calcularse el efecto de una Comunión menos en la vida de un cristiano.* Y partió al instante (1).»

6. Sensibilicemos bien lo dicho con una parábola de nuestro divino Salvador. Dice así: «Un hombre rey hizo un gran convite para celebrar las bodas de su hijo, y convidó á muchos; á la hora señalada envió sus criados diciéndoles: «Venid á la mesa, que ya está todo dispuesto»; mas ellos comenzaron á excusarse. Dijo el primero: *He comprado una granja y necesito ir á verla; te ruego que me tengas por excusado.* Dijo otro: *He comprado cinco yuntas de bueyes y quiero ir á probarlos.* Yo—añadió el tercero—*he contraído matrimonio y no puedo asistir al convite.* En suma, todos despreciaron la invitación y se fueron el uno á su granja, el otro á su tráfico, y el Rey, indignado, dijo: «En verdad os digo que *ninguno de esos hombres gustará de mi cena;* y enviando sus ejércitos acabó con ellos y puso fuego á su ciudad.»

¡Terrible lección si queremos entenderla! El hombre rey es Dios; las bodas son las de su Hijo Jesús; la mesa preparada es la Eucaristía; los criados que convidan á los hombres son los llamamientos divinos, por el precepto, por el consejo, por los sacerdotes, por las insinuaciones de la gracia... ¿Por qué rehusan asistir al convite?—

(1) Ortuzar: *Catecismo en ejemplos.*

Tres son las excusas, observa San Agustín: *el orgullo*: «he comprado una granja»; *la avaricia*: «he comprado cinco yuntas de bueyes»; *los placeres*: «he contraído matrimonio.»

7. ¡Vanias excusas! Si has comprado una granja, ¿no podrías ir á verla después del convite? Jesucristo también tenía que ir á la granja, ó sea al Huerto, mas primero estuvo en la Cena eucarística.—¿Dices que tienes que ir á hacer prueba de los bueyes? Pero ¿á qué hora? El Evangelio expresa que el convite fué hecho á la hora misma de la cena? (*Hora coenae*) y el convidado contesta que va á probar los bueyes. ¿A la hora de cenar? ¿De noche? ¡Buena saldría la prueba! Fué una excusa para no ir. Dice el tercero que ha tomado mujer.—Y eso, ¿qué importa? Llévala también á la Cena, y comulgaréis juntos los dos. ¿Hay cosa más edificante que ver dos esposos unidos en la Mesa eucarística?

He aquí un buen ejemplo de las vanias excusas de muchos hombres por no asistir al convite celestial. ¡No consideran que la parábola de Jesucristo termina diciendo que *el Rey envió sus ejércitos y todos perecieron en el fuego!* Y no podía ser de otra manera; porque el alejamiento de la sagrada Mesa disminuye las gracias divinas, fortalece á los enemigos del alma, las pasiones se desbordan y la pobre alma cae como adormecida en las llamas eternas. Oigamos cómo razonan dichos hombres:

8. Yo—dice uno—me considero indigno de comulgar: temo hacer un sacrilegio.—Haces bien en temer, si no te preparas como es debido. Pero ¿quién te impide prepararte?—¡Es que como se necesita tanto!...—Se necesita *querer*, y nada más; pues el que en verdad quiere, hace lo que puede y Dios no le exige otra cosa. ¿Estás en pecado mortal? Sal de él con una buena confesión, que á eso estás obligado, antes que á nada del mundo.—Sí; pero aun después de eso, como el recibir á Dios es una cosa tan grande, yo reconozco que no soy digno.—Es verdad; pero si á eso vamos, ¿quién habrá en el mundo que lo sea? Nosotros no somos dignos de recibir á Dios, pero Dios se digna venir á nosotros para hacernos dignos, ó para que seamos menos indignos. Si hubiéramos de aguardar á ser dignos, no comulgaríamos jamás, y la institución del Santísimo Sacramento sería inútil; por eso la Iglesia nuestra Madre, después de mandarnos comulgar, luego, cuando llega el momento de hacerlo, hace que nos humillemos y que aun los más santos repitan por tres veces: *Señor, yo no soy digno.*

—Es verdad todo eso—suelen contestar;—pero es que yo temo recibir el Sacramento para mi condenación.—«¿Y no temes—con-

testa San Francisco de Sales—ser condenado por no recibirle? Si lo haces mal, comulga con frecuencia lo mejor que puedas, para aprender á hacerlo bien. Todas las cosas se aprenden á fuerza de repetirlas muchas veces.» (Sales: *Espíritu*, p. XI, cap. IX.)

Con efecto, así es. La frecuente Comunión es la mejor de las disposiciones para comulgar. Una Comunión es una acción de gracias de otra Comunión, y la Comunión de hoy es buena preparación para la de mañana... Acontece lo mismo que en las oraciones; cuanto más oramos, más sabemos orar y más gusto hallamos en la oración. El mismo uso de la Eucaristía es el que nos ha de poner en estado de comulgar más dignamente.

9. —Es el caso—dice otro—que yo tengo gusto en comulgar, y si en mí estuviera, lo haría con frecuencia; pero mis negocios son muchos y mis trabajos no pocos.—¡Válganos Dios! ¿Hay algún negocio más urgente que el del alma? ¿Hay alivio mayor para los trabajos que unirnos por la Comunión al que es Ayudador por excelencia? *Venid á mí*—dice el Señor—*todos los que estáis cargados de tribulaciones, que yo os confortaré.* ¡Oh! ¡Cuántos sinsabores se le quitarían al hombre si recibiera frecuentemente el Pan eucarístico!

—Pero si es—añaden otros—que no tenemos voluntad propia, porque estamos bajo la sujeción de los superiores, que en manera alguna lo permiten.—Concedemos que así sea, y que algunas veces será preciso obedecerlos y privarse de la Comunión; pero oye, cristiano, lo que sobre este punto dijo el gran San Francisco de Sales: *Si te portas con prudencia, ni padre, ni madre, ni marido, ni mujer podrán estorbarte que comulgues á menudo...; en esto hay que hacer lo que aconseje ó mande el padre espiritual.* (*Vida devota*, cap. XX, *De la frec. Com.*)

10. —Por último—dirá tal vez alguno,—yo no comulgo con frecuencia, porque estoy viendo que luego vuelvo á pecar, y me quedo lo mismo que estaba antes.—¿Sí? ¿Es verdad eso? Pues mira, entonces no comas cada día, porque después tornas á sentir el hambre, y te quedas como estabas. ¡Qué argumento! ¿Quién ha dicho que la Comunión nos hace impecables? Es verdad que nos preserva mucho de caer, y aun nos hace adelantar en la virtud; pero ¿está en nosotros conocer siempre esto? Lo mejor en este particular es no hacernos jueces de nuestras Comuniones; dejemos que juzguen y fallen aquellos que para nosotros ocupan el lugar de Dios. Seamos humildes; obedezcamos al confesor, y esto basta.

No se puede dudar de los grandes provechos que nos proporciona el comulgar con frecuencia especialmente para que el alma no

se corrompa con las miserias de la vida. «Las guindas, albaricoques y fresas—dijo el Santo autor de la *Vida devota* (cap. XX)—se corrompen muy pronto; pero estando confitadas en azúcar ó en miel, se conservan fácilmente todo el año, y lo mismo sucede con nuestros corazones cuando están confitados con la Carne y Sangre incorruptible del Hijo de Dios.»

Así, pues, lo mejor para no pecar es comulgar; para crecer en santidad, comulgar; y para conservarse en ella, comulgar (1). De este modo lo han entendido siempre las almas buenas, y por eso no sólo comulgan diariamente, sino que quisieran estar siempre comulgando. Ya se comprende que esto no puede ser sacramentalmente; mas la bondad divina se ha dignado saciar su hambre de Dios, estableciendo en su Iglesia la *Comunión espiritual*, como diciendo á todos, con David: *Abrid vuestra boca y yo la llenaré* (2). Veamos cuán rico tesoro nos dejó el Señor en este nuevo modo de recibirle en nuestro corazón.

§ II

DE LA COMUNIÓN ESPIRITUAL

11. Deseos de comulgar.—12. Naturaleza de la Comunión espiritual.—13. Provechos que reportan.—14. Facilidad de hacerla.—15. Actos que requiere.—16. Modo práctico de hacerla.—17. Resumen y conclusión.

11. Después de la Comunión sacramental, no hay cosa que más consuele á las almas buenas que la dulce, tierna y amorosa devoción de *comulgar espiritualmente*. Causales pena que la acción de recibir al Señor sacramentado pase con tanta rapidez, y que, destruidas las especies sacramentales, desaparezca de sus corazones la humanidad sacrosanta de Jesús. Saben muy bien que, á causa de los pecados veniales cometidos diariamente por la fragilidad nativa, se disminuye en su espíritu el fervor de la caridad divina; y como no hallan medio más propio para restaurar esas quiebras que la sagrada Comunión, por eso, no pudiendo recibirla

(1) Sólo hay que tener presente que sea *con licencia del confesor*, y si se trata de monjas que deseen comulgar más días de los marcados en las constituciones de su monasterio, aténganse á la licencia *del confesor ordinario*, y no á las *del director de su conciencia*. (De *licentia confessorii ordinarii, et non directoris, praevia participatione praelati ordinarii*. S. Congregat. 14 de Abril de 1725.)

(2) *Dilata os tuum, et implebo illud.* (Psalm. LXXX, 11.—Véase el Tridentino, sess. 13, c. 8.)